

*Fuera hay escarcha y cegadora nieve,
Y el huracán que loco aúlla y silba.
Dentro, el calor de la dorada lumbre
Los infantiles rostros ilumina,
Y el embrujo de mágicas palabras,
Trueca sus inquietudes en sonrisas.*

*Y aunque atraviere el curso de esta historia
La sombra de una lágrima furtiva
En holocausto y gloria del verano,
Y, ¡ay!, de felices y pasados días,
No rozarán sus alas melancólicas,
De este cuento de hadas la alegría.*

CAPÍTULO I LA CASA DEL ESPEJO

Una cosa era cierta, que el minino blanco nada tenía que ver con aquello; la falta correspondíale por entero a la gatita negra. Para demostrarlo, hay que hacer constar que el blanco había estado el último cuarto de hora sometido a un meticuloso aseo, administrado por su mamá, la gata Dina, y que el pobre lo soportó con cristiana resignación, de modo que ya ven ustedes que no había podido intervenir en la diablura.

El procedimiento usado por Dina para lavarles la cara a sus hijos era el siguiente: con una pata puesta sobre la orejita del pobre minino, lo mantenía echado, y con la otra lo cepillaba y lo frotaba; la operación resultaba lo más molesta, cuando se iniciaba por la nariz. En ese momento, como ya dije, mamá gata, en el punto culminante de su trabajo, alternando la pata y la lengua con acompasado ritmo, alisábale el pelo a su hijito, el cual, lo más tranquilo, incluso hacía tentativas para emitir un ronquido de satisfacción, convencido de que al fin y al cabo todo aquello era por su bien.

La gatita negra, en cambio, había terminado su toilette mucho antes, y mientras Alicia, entre dormida y despierta, acurrucada en un ángulo del sofá, conversaba consigo misma, la gatita, con un ovillo de lana que la niña había devanado, hizo de las suyas, y luego de lle-

